



174

Juan Carlos Monedero
El gobierno de las palabras.
Política para tiempos de confusión
 Fondo de Cultura Económica, Madrid,
 2009, 290 págs.

Las palabras son, para Juan Carlos Monedero, mapas que nos guían, brújulas a través de las cuales entendemos y construimos la realidad. Hoy día, nos enfrentamos de forma constante, ya sea a través de los medios de comunicación, los *think tanks* o la academia, a toda una serie de palabras de poder, como las llamó Vidal-Beneyto, que deforman nuestra perspectiva desde puntos de fuga muy definidos y concretos y que tienen, como fin último, la reproducción del actual estado de las cosas.

Así, señala el autor, hablamos de ‘alivio fiscal’ cuando en realidad lo que se quiere decir es ‘rebaja de impuestos a los ricos’, o ‘procedimientos de facilitación de ulterior información’ cuando lo que tristemente se

oculta es la tortura. Incluso, ya no existirían los despidos sino los ajustes de plantilla y la flexibilización laboral. Expresiones como *posindustrialismo* o *sociedad de la información* enmascaran la incapacidad de nuestra sociedad para superar las contradicciones socioeconómicas fundamentales, y *globalización* la tensión existente entre imperialismo y modernización. Vivimos, nos dice Monedero, en un *oxímoron*, en una contradicción permanente de la que son buen testigo conceptos como *flexiseguridad*, capitalismo popular, desarrollo sostenible o crecimiento cero. De ahí que para Monedero sea tan importante “reconstruir la política despensando palabras, reencontrando otras ocultadas por los siglos de interesado silenciamiento, escribir las nuevas, y decir de forma diferente otras agotadas por su abuso” (p. 39).

Para tender hacia este objetivo el autor plantea, realizando un notable esfuerzo intelectual, una serie de cuestiones que serán el hilo conductor de los quince capítulos en que se divide la obra: “¿Cómo somos?”, “¿Cómo conocemos?”, “¿Cómo nos organizamos?” y “¿Dónde estamos?”. De este modo, e ilustrándonos a través de ejemplos provenientes de la neurología, la primatología y la lingüística, indaga en la esencia del ser humano para dar cuenta de cómo el debate sobre la maldad o la bondad del ser humano resulta más complejo que una simple disyuntiva, que las palabras reelaboran la realidad y que aquel que las nombra tiene el poder de hacer valer su interpretación de las cosas, de imponer la verdad y la mentira, como diría Nietzsche.

Parecemos, por tanto, presos de ese bloque hegemónico del que nos hablaba

Gramsci, que amalgama a todas las clases sociales en torno a un proyecto que beneficia a la clase dominante, de ese sentido común que según Monedero parece haber conseguido la identificación total de cada individuo con las figuras estatales de autoridad, o lo que Marx llamó en otros tiempos “la subsunción formal del trabajo en el capital”; esto es, la asimilación, por parte de las víctimas de la explotación, de la lógica del mercado y de la plusvalía, del cortoplacismo capitalista del que nos advertía Galbraith y que conduce a un proyecto global que genera pobreza, polarización, homogeneización, corrupción y democracias de baja calidad. A ello contribuye además el claro dominio intelectual de la derecha, apoyado por intelectuales negativos (así llamados en su momento por Bourdieu), como los politólogos Robert Putnam y Samuel Huntington.

Precisamente estos dos intelectuales son algunos de los valedores de los conceptos *governabilidad* y *governanza*, a los cuales el autor dedica algunos capítulos. El primero de ellos, nos recuerda, nace en el seno de la Trilateral como sinónimo de estabilidad, de consenso, negando la existencia de conflicto, neutralizando así su potencial transformador, y sirviendo como fundamento al mito de la paz social, entendida como alternancia en el poder sin alternativa. En cuanto a *governanza*, concepto que el autor no duda en calificar como una ‘trampa’, surge del primero y asume, en la misma línea, que ha de ser el mercado quien cumpla el cometido de llevar a cabo las tareas antes encargadas al circunciso Estado social de derecho. Se estaría, con ello, dotando de legitimidad de-

mocrática a organismos y entidades privadas que no la tienen. Así, si bien se puede considerar positivo que una asociación de vecinos participe activamente en contra de determinadas políticas energéticas, es claro que la influencia que ejerce, por ejemplo, el lobby nuclear, es mucho mayor. Del mismo modo, se delega a entidades privadas que no inciden estructuralmente la tarea de redistribución de la riqueza o, bajo la falacia de la responsabilidad social corporativa “se privatizan ámbitos que corresponden a la responsabilidad colectiva y no a la empresarial” (p. 182). Estamos, en suma, ante una multiplicidad de actores que reclaman el ejercicio de la violencia legítima, que asumen funciones del Estado que no le corresponden, apunta Monedero.

Tomando como punto de partida la situación antes descrita, el autor desarrolla el debate sobre las alternativas posibles en la última parte del libro. En este recorrido, para Monedero se hace necesario que las tres grandes tradiciones de la izquierda que durante el siglo XX han estado separadas vuelvan a confluir: el reformismo (la socialdemocracia), la revolución (el comunismo) y la rebelión (el pensamiento libertario), para que puedan alimentarse a su vez de nuevas sensibilidades como el feminismo o el ecologismo, siendo para el autor ésta última fundamental al atravesar los otros ejes. Con ello no se trata, considera el autor, de destruir, de negar el actual estado de las cosas sino de desbordar, de superar las tres autopistas en las que nos movemos: el capitalismo, la modernidad y el estatismo. El objetivo, por tanto, no ha de ser el de recuperar y reivindicar un supuestamente idílico y bienintencionado Estado

social keynesiano pues, como indica Monedero siguiendo a Bob Jessop, “ni el sur ni la naturaleza están dispuestos a sufragar sus gastos” (p. 145), sino de progresar hacia formas novedosas de democracia, hacia una reinención del Estado.

En ese camino los partidos políticos (a los cuales el autor dedica, junto a los movimientos sociales, un capítulo y numerosas reflexiones durante el recorrido), eje central de los sistemas democráticos durante el siglo XX, habrán de compartir, cuando no ceder, el protagonismo a los movimientos sociales o a otro tipo de organizaciones. Esto es así pues nos encontramos con unos partidos que, cartelizados, para usar la terminología de Katz y Mair recogida por Monedero, han difuminado sus ideologías apostando por la estabilidad en detrimento del conflicto, mostrándose igualmente incapaces de articular las demandas de la sociedad civil. Así, tendrán que, por ejemplo, recuperar las escuelas de formación y de pensamiento a fin de formar a sus cuadros y retomar la lucha ideológica, abriéndose a la sociedad y evitando al máximo la natural tendencia a la oligarquización señalada hace ya un siglo por Robert Michels.

Por su parte, los movimientos sociales habrán de jugar el papel esencial de superar la parlamentarización de los conflictos que señalaba Max Weber, construyendo nuevas formas de participación, de, como la llama Monedero, democracia avanzada.

En definitiva, si bien las respuestas autoritarias dadas durante el siglo XX al problema de la desigualdad han de ser analizadas con el fin de aprender de los aciertos (y éxitos) pasados, el autor realiza durante el último tramo de su obra un llamamiento a la imaginación, para contribuir a la edificación de alternativas. Desde lo democrático hasta lo informativo, pasando por lo ecológico, lo obrero, lo feminista, lo intercultural, lo social y lo universitario, Monedero revive a Espartaco para recordarnos que el fin de la historia no ha llegado. Con *El gobierno de las palabras* ha logrado tanto éste último propósito como el de dar al lector una herramienta para hacerse fuerte ante los desmanes de la ideología imperante, para protegerse de las palabras del poder.

Diego González Cadenas
Universidad de Valencia, España